

ses, el acusado insistió en continuar haciendo las veces de aquél, ó al menos compartiendo con él las labores y dificultades de la enseñanza. Merced á este oportuno y desinteresado sacrificio filial el anciano preceptor, ya muy debilitado en su salud por más de veinte años de constante consagración á la educación pública, no perdió uno sólo de sus educandos, conservó el prestigio de su nombre y pudo continuar en el sostenimiento de su numerosa familia.

Por esta época, nos han dicho respetables testigos, la sensibilidad de Rode era tan delicada que se desmayaba al más inocente espectáculo de sangre, y entregado á las prácticas del más exaltado misticismo, se le veía los días de fiesta, haciéndose superior á toda murmuración, pedir limosna con el cepo en la mano en algunas iglesias de la capital. Viven aún tres personas que nos han referido haber visto al acusado, años después, recorrer las casas de multitud de familias pobres, especialmente donde había algún enfermo contagioso, para socorrerlas y alentarlas en el infortunio.

Siendo ya un hombre, es destinado el acusado por el señor su padre á ir á fundar un colegio en una de las principales ciudades de la República, conforme al modelo del establecido aquí en un principio por aquél. Cualquiera cosa que el procesado consiguiese realizar en este sentido, sería la base única de su porvenir, el fundamento todo de su patrimonio, pues su respetable padre, propietario sólo de escasísimos ahorros, había ya resuelto descansar de

las largas fatigas del magisterio. Es á su estancia en esa ciudad á la que se refiere un testigo que ayer habéis oído declarar aquí, diciendo que el procesado tenía una novia, que algunas veces tardaba en aparecer por el balcón, para que aquél la contemplase desde lejos; y que una noche, como á las 12, encontró al procesado afligidísimo por tal causa y, dándosele por motivo, invitó al declarante con grande empeño y verdadera seriedad, para que ambos fuesen á arrojarle en un estanque. Rode funda el colegio para que había sido enviado, y cuando la mejor acogida había recibido el establecimiento y numerosos alumnos se habían apresurado á llenar los amplios corredores del grandioso edificio que tuvo la fortuna de encontrar, sobreviene, en medio de las ilusiones que se forjaba de un lisonjero porvenir, un funesto acontecimiento que echa por tierra todas sus esperanzas: quiebra la casa comercial que había suministrado el capital para la fundación del colegio. Varias constancias procesales nos indican, aunque con alguna vaguedad, que habiendo tenido que regresar á México, Rode se detuvo gravemente enfermo de una afección cerebral en alguna de las ciudades del tránsito:

El alma demasiado confiada y no poco fantástica del procesado no era para atender á las dificultades de una vida de miserias y privaciones. El quebranto de sus negocios no le impidió contraer relaciones amorosas con una señorita dignísima de nues-

tra sociedad, con la cual casó al poco tiempo. Ni la menor perturbación nos es conocida de este hogar que llenó, aunque muy pasajera, la mejor y más feliz época de la vida del acusado. Hombres vosotros de honrada experiencia, no tendréis, señores jurados, dificultad en comprender, cómo á pesar de la pobreza, se puede ser feliz y cobrar alientos para la lucha de la vida bajo el techo de una modesta casa, donde á la puerta, todos los días, al atardecer, aguarda la tierna esposa el retorno, después del trabajo del marido amado. Y ¿por qué habríais de tenerla? En tan tranquila vida y al calor del cariño que se alimenta, no en las locas y fatigosas diversiones del mundo, sino en el consejo oportuno, en el consuelo dulce y en las rientes esperanzas que, como alas de angel, parecen cobijar nuestra frente, excitada y enardecida á la continua por los afanes de la tierra, es muy factible, á pesar de exiguos medios, resolver los problemas de la pobreza, sacar riqueza de la nada, convertir en flores las espinas de este valle de lágrimas y rehacerse para continuar hasta conbríos los duros esfuerzos de la existencia. (*Aplausos*). Y tal era ese hogar levantado por Rode, cuando acababa de ser herido por un gran desengaño en el primer ensayo serio de un negocio, consumiéndose de repente todas sus economías y sintiéndose presa de secretas y misteriosas ideas, que en sus temores habían trastornado su razón y desarrollado la nativa predisposición de su espíritu. La madre de la esposa, que ha dado siempre tan fecundo tema á los novelis-

tas para sátiras y denuestos, y cuyo sólo nombre es el espanto de los matrimonios, el ave negra que con sus graznidos augura sólo desgracias en el hogar, es respecto de Rode el mejor testigo de su felicidad conyugal, de su conducta honrada y laboriosa, de sus nobilísimos afanes por reconstruir el edificio de su porvenir, poco hacia destruido por la fatalidad. Esa respetable señora á cuyo modesto alejamiento, desde mucho tiempo antes, llamó también con sorpresa la noticia del suceso que es materia de la presente causa, declara que durante cinco años que Rode permaneció casado con la hija de aquella, y habiendo vivido la declarante con ellos la mayor parte de ese tiempo pudo ver que el trato del primero con la segunda fué irreprochable; que Rode era muy pobre; pero su esposa muy feliz, y que todavía después del fallecimiento de ésta, Rode vivió con la exponente como once meses.

No estrañaréis, en consecuencia, señores jurados, que alentado nuestro cliente por su virtuosa compañera hacia el bien, aun tuviera fuerzas para fundar en esta capital un nuevo Colegio, cuya situación en la calle del Empedradillo me basta citar, para que muchos de los que me escuchan, recuerden que á recibir en él educación, concurrían innumerables niños de las familias más distinguidas de México. Rode, sin embargo, no debía gozar por mucho tiempo de esa bendición que el cielo parecía haberle concedido en medio de sus más acervos sufrimientos; y al fallecer la digna esposa, nuevos síntomas de trastor-

no cerebral ó cuando menos de un desequilibrio sospechoso se observan en el acusado, que lleno de aflicción, va á ver á uno de nuestros mejores facultativos médicos, diciéndole que experimentaba extrañas impresiones y que creía estar en peligro de volverse loco. El Dr. Fenelón, sea porque no encontrara en el acusado sino una profunda excitación nerviosa, ó porque creyera que en el principio de toda afección psíquica, es un buen medio terapéutico distraerse y trabajar, aconsejó á Rode que hiciera un viaje á Europa, donde permaneció como cinco años, entregándose en la capital de España á un excesivo trabajo intelectual, ya en obras de enseñanza, ya en artículos, con que contribuía para diversos periódicos. Las exaltaciones y exentricidades de carácter no desaparecieron del todo bajo el cielo extranjero, como podréis notar, si os tomáis la molestia de registrar en el proceso las referencias de este período de su vida.

De regreso al país, con motivo de la falsa noticia de que había fallecido su hermano, dejando en el desamparo una numerosa familia, el acusado fundó aquí un tercer colegio que será el último fruto de su infatigable actividad y de su afán por perpetuar las nobles y lustrosas tradiciones de su padre. Acababa de clausurarse para siempre el gran establecimiento educativo que D. Guillermo Rode fundara desde hacía catorce años y del cual la sociedad toda de México reportó los más preciados beneficios, con motivo de una horrible estafa cometida en contra del hermano de Rode que tenía á su cargo el establecimien-

to y que se vió por esa misma causa acometido de arrebatos suicidas, cuando el procesado llega á México y de seguida se va á la capital de San Luis Potosí para saludar al anciano padre, que acongojado hasta la desesperación, deploraba en amargo llanto la muerte de su obra de tantos años, del fruto de sus trabajos más asiduos y del monumento de su nombre en medio de la sociedad mexicana que tanto lo había estimado. Al encontrarse el acusado frente á su padre y hacerse cargo de su honda aflicción, no pudo menos que ofrecerle la restauración del extinguido colegio, y emplear en ello todo el trabajo de su espíritu, y vosotros, señores jurados, habéis escuchado aquí de él mismo, cuántas dificultades, cuántos tropiezos y dolorosas decepciones acompañaron este establecimiento, no obstante la feliz idea de fundar al mismo tiempo una academia gratuita de profesoras de inglés bajo los auspicios del nombre del Sr. Ministro de Justicia é Instrucción Pública.

Es éste el principio de la época más penosa y crítica del acusado, en quien desde entonces empezaron á renovarse día á día las más fuertes y variadas emociones, y cuyo espíritu, hartó ya bien preparado, fué teatro de batalladores é incesantes conflictos, de luchas morales de toda especie, en que por encima de una deshecha tempestad de desgarradoras aflicciones, de rientes esperanzas, no bien nacidas cuando ya muertas, y de deseos ardientes y frustrados, nadaba apenas, como débil faro batido por el furioso huracán, el santo, el dulce y consolador recuerdo del

autor de sus días, del anciano venerable, muerto poco hacía en la confianza de que su obra nobilísima de educar la inteligencia y el corazón de la niñez, ya no perecería en el olvido, pues iba á ser continuada con fe y abnegada decisión por el mayor de sus hijos. ¿Para qué detenerme, señores jurados, en reseñar los mil desfallecimientos del procesado, que luchaba con toda suerte de obstáculos, con la pobreza por un lado, y con el egoísmo y la indiferencia por el otro, para continuar sosteniendo un establecimiento á que hacían ventajosa competencia varios otros de la Capital, si todos estos pormenores, aunque muy importantes en el necesario estudio que hemos emprendido de los antecedentes del fatal suceso para cuyo juicio se os ha convocado, aparte su gran número y menudísimos matices, que me obligarían á alargar indefinidamente esta narración, antójanse como inútiles y hasta indiferentes en cotejo con los gravísimos que después siguieron, con la espantosa serie de horribles impresiones, de desgarradores desengaños, cuya repetición casi ni en un sólo instante interrumpida no es para que forméis vuestro juicio, asunto tan digno de atención, como la indecible amargura destilada por ellos día á día y momento á momento en el espíritu del procesado? Todo lo anterior, las profundas tristezas caídas, como un sudario, sobre una alma débil y frecuentemente rasgada por los relámpagos de violentísimas impresiones; los golpes de la fortuna estrechando sin esperanza los horizontes de la vida; el desamparo sumado á la pobreza; la orfandad,

en fin, que es como devorador moral desierto en que se embeben, sin dejar la menor huella, nuestras lágrimas, y donde todo eco se pierde de nuestros angustiosos quejidos, todo eso no fué sino el dintel bajo el cual penetró el acusado á la más horrible y definitiva época de su vida, la preparación de días los más luctuosos y desesperantes, en que, gastaba toda resistencia moral, debilitados los resortes de la reflexión y muy vacilante ya ese dominio de sí mismo, que es la condición indispensable de la normalidad del individuo, soñó en un momento resucitar para sí los paradisiacos goces del amor conyugal, revivir en medio de la pobreza más desesperante los idilios de la juventud, transfundir su alma que aun aleaba en ensueños de felicidad doméstica, en la de otro ser sobre cuya frente pura y virginal asomara en azuladas líneas la candorosa inocencia, pues confiaba, sin asomo de duda, en volver á hallar esa bella compañera que fuese la inspiración suya para el trabajo, el numen de su inteligencia, el aliento ante el infortunio y el sosiego, en fin, donde se adurmieran, arrulladas dulcemente, sus agitadas pasiones (*Aplausos*).

Para el procesado, que así soñaba con la ventura doméstica, tal vez recordando su primer matrimonio, aquel tranquilo y risueño hogar, que tan presto había entristecido la muerte de la primera esposa, no era ciertamente la joven que eligió, casi encontrada al paso y como por aventura, la más apropiado, para el logro de sus ilusiones. Una serie de fatales circunstancias, de facilidades mil que siempre este po-

bre hombre interpretaba como rasgos de purísimo candor; el cuadro de una familia presidida por un anciano que á Rode le recordaba á su venerable padre; esas indescriptibles pequeñeses, que son otras tantas redes en que se aprisiona el alma y que no mencionaré, porque las abandono á vuestra experiencia y discreción, para no faltar á la gravedad de estos debates; aumentadas y coloreadas en la imaginación del procesado, hicieron que se entregase, sin reserva alguna, á la joven Amelia Zornosa, quien á pesar de sus diez y siete años, quizás por la precocidad de su sexo ó por defectos de educación, manejó con verdadero dominio las fáciles pasiones del acusado, lo envolvió en la tela de araña de los encantos físicos, y ya dándose aires de modestia y cierta fascinadora ignorancia, que es uno de los más seductores abismos en que frecuentemente se precipitan las incautas víctimas del amor, ora empleando ese ardid tan común de la desconfianza y de los celos, que suelen dar pretexto á algunas mujeres para demandar con apariencias de razón cualquier sacrificio, aun el de la honra muchas veces, logró con verdadero entusiasmo por parte del profesor quebrado y lleno de apremiantes deudas, (*risas*) sin que fueran parte á evitarlo ni los codos raídos de la levita ni el calzado roto, que el día de la boda, á lo menos civil, se fijase para inmediato plazo, pues no era humano prolongar siquiera después de unos cuantos días las inquietudes de aquel corazón juvenil, nido de tan excelentes virtudes, templo de pureza sin par, donde el acusado,

allá en su infatigable fantasía, soñaba encontrar la verdad de sus espejismos de ventura. Imposible que Rode ni aun consintiera en que prudentes amigos y consejeros le advirtiesen del peligro de un matrimonio concertado de tan rara manera, sin más razón que las bellas apariencias y ese perfume de violeta que, al decir del acusado en la audiencia de ayer, se desprendía al paso de la joven Amelia como señal inequívoca de que detrás de su encantadora envoltura, se escondía la esencia misma de todas las virtudes del hogar, la sencillez, la modestia, el pudor y la ternura. Un día que el viejo D. Augusto Marquet, subdirector del Colegio de Betlemitas; amigo, al principio, cariñosísimo de Rode y después su acreedor más exigente; por haber oído que la casta virgen, desde el cuarto del amante de su hermana casada, arrojaba palabras inconvenientes á dos niños educandos, manifestó esto á Rode, explicándole quizá, cómo oculta por el verde follaje suele silvar á veces la serpiente, y le indicó, aunque con tardía lealtad, que fuese á la garita de la Tlaxpana á tomar informes de un cierto Arroyo; no obtuvo del ciego enamorado otra respuesta que la repulsa más absoluta, pues aquel viejo, que veía á Rode faltar por el amor á sus deberes escolares y abandonar el profesorado con grave riesgo, no tanto de que el Colegio, por falta de alumnos, se clausurase, cuanto de que se acabara el sueldo, no era, en concepto del iluso acusado, sino un inválido del hogar, un triste envidioso,

á quien hacían mucho daño los resplandores de la agena felicidad, que ya empezaban á entreverse é irradiar sobre la frente del procesado.

Este casó á los pocos días, y la lectura de la causa, no menos que los minuciosísimos debates desarrollados ante vosotros durante ocho audiencias, os han hecho conocer, Señores Jurados, con todos sus pornográficos detalles el interior de ese hogar, donde resonaban diariamente frases tabernarias; donde se dirimían las frecuentes contiendas á puñetazos; donde hermanos se cambiaban entre sí palabras que avergonzarían á Belem mismo; donde la pobreza del marido causaba la rabia y la desesperación de la esposa; donde eran escarnecidos y befadados á cada instante todo honor y toda virtud, y de cuyos antros, habiéndose ya hecho inútiles el ruego y la dulzura, el consejo severo y hasta las lágrimas del marido, habían huido para siempre, avergonzados y temblando, la dignidad de la familia, la pureza del secreto doméstico, el deber conyugal, el respeto de sí mismo, para dejar en su lugar los odios más encarnizados, las amenazas, las burlas y por descontado el implacable fantasma del adulterio, colocado siempre á la puerta y adelantándose con sarcástico semblante á cada diferencia de los esposos. (Aplausos).

¡Qué contraste, Señores Jurados, tan horrible y desesperante entre esta realidad y las risueñas ilusiones que habían llenado la mente del acusado! ¿Sería esta mujer la *hermosísima niña de los ojos garzos*, co-

mo él! la llamaba en las cartas cuya lectura habeis oído; la *nacarada perla de la Tlaxpana*, la *celestial criatura en cuyos ojos de serenos resplandores había él encendido una y otra vez la tea de su silenciosa pasión?* ¡Ah, Señores Jurados, á los ojos de este infeliz soñador, Amelia se presentaba transfigurada con el cendal purísimo de la inocencia, como una de esas fantásticas visiones que ha idealizado la fecunda audacia de los poetas! Recordad esa correspondencia en que Rode expresaba la más profunda y desvanecedora de las pasiones, en medio de mortales dudas, de lamentables miserias de carácter hasta el completo anodamiento de su ser moral. Rode había dado, no sólo á su futura esposa sino á toda la familia de ésta, una señalada prueba del inmenso cariño que sentía su corazón. Quiero hablar, Señores Jurados, de un por menor que quizá habreis olvidado en el vasto cuadro que esta causa ha presentado á vuestra vista; me refiero á la revelación que la joven Dolores, hermana de Amelia hizo al procesado de las relaciones adúlterinas entre la Sra. Eliza Zornoza de M. con el Señor Julio Carpio, revelación hecha á Rode por esa joven, toda confusa y avergonzada, tal como aquí la habeis oído declarar, y que no arrancó de aquél sino la reiteración más abnegada de los juramentos de amor á su prometida, á quien, decía, consideraba, á pesar de todo, digna de llevar su nombre y de ser el guardián de su honra cuyo depósito le confiaría en breve. ¿Qué vacilación era posible en la pendiente porque resbalaba el pensamiento de un hombre, eu-